

vez manchó su cándida estola, con lunar en otro menos puro no perceptible, oye, Señor, los ruegos que de todos los ámbitos del globo suben hacia tu trono por quien fué de Tí y de nosotros tan amado, que grande en tu presencia, lo es en la nuestra, y lo será en la de todas las generaciones.

Escúchanos, Señor, con oído benigno, y dignate llevarlo sin tardanza al trono de gloria que le tienes destinado desde el principio.

ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA EN LAS HONRAS DE D. JUAN RUIZ DE ALARCÓN Y DEMÁS
INGENIOS MEXICANOS Y ESPAÑOLES, CELEBRADAS POR LA ACADEMIA
MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA EN
LA IGLESIA DE LA PROFESA DE MÉXICO EL DÍA
3 DE AGOSTO DE 1878.



ACADEMIA MEXICANA.

LA Academia Mexicana no tiene solamente el deber, que cumple con indecible satisfacción, de dar á V. S. I. las gracias por la bondad con que se dignó encargarse de pronunciar la oración fúnebre en las honras celebradas el día 3 del actual, sino también el de manifestarle cuán complacida ha quedado con el acertadísimo desempeño del encargo.

Por justos que fueran los elogios que la Academia hiciera de tan admirable pieza oratoria, podrían atribuirse á cortesía ó á espíritu de cuerpo. Mas, por fortuna, la voz pública se ha anticipado á manifestar unánime el gozo y la admiración que en todos ha producido el brillante discurso académico, la grave oración fúnebre y la piadosa exhortación cristiana, con que V. S. I. ha sabido enriquecer nuestra literatura, creando en ella un nuevo género de elocuencia. La Academia, llena

de júbilo, ha visto así confirmado su propio juicio, enaltecidas las letras mexicanas, y honrada la corporación en la persona de uno de sus individuos.

A quien tan altas satisfacciones le ha procurado, justo es que manifieste su respeto y reconocimiento. De ambos quiere dar aquí testimonio, rogando á V. S. I. que le acepte, unido al de los sentimientos de aprecio y veneración, con que pide á Dios que guarde muchos años la importante vida de V. S. I.

México, Agosto 13 de 1878.—El Director interino, *Alejandro Arango y Escandón*.—El censor, *Manuel Peredo*.—*José Sebastian Segura*.—*Rafael Angel de la Peña*.—El tesorero, *José M. Roa Bárcena*.—El secretario, *Joaquín García Icazbalceta*.

Illmo. Sr. Dr. y Maestro D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, dignísimo Obispo de Tamaulipas.—Presente.

Había diferido la contestación al bondadoso oficio que con fecha 13 me dirigieron vdes., porque no hallaba frases á propósito para darles las gracias por sus inmerecidos elogios y benévolo juicio de la oración fúnebre que se sirvieron encomendarme.

Me es en extremo grato el haber podido llenar á satisfacción de vdes. mi difícil encargo; y ya que á la opinión pública aluden, no puedo menos que manifestarles cuánto me ha halagado el aplauso unánime con que la

prensa ha acogido mi discurso. Esto *ha venido á demostrar una vez más* (como escribía no há mucho cierto colega nuestro, refiriéndose á otros escritos) *que la verdad es enunciable aun en las épocas y situaciones más borrascosas, siempre que se le sepa proclamar uniendo en la frase, al vigor de la sustancia, la cultura y suavidad en la forma.*

Me inquieta el temor de que al leer despacio y á sangre fría mi *oración*, ya no parezca tan digno de encomio lo que pudo ser agradable al oírse declamar con la vehemencia propia de quien siente lo que habla y procura identificarse con los personajes que elogia; pero abrigo la certidumbre de que entre las flores académicas se encontrará siempre la verdad evangélica que sin adornos y continuamente predico á mis diocesanos, y se descubrirán las sanas doctrinas, principios y juicios, que en política, historia y literatura, bebí ó formé á la sombra del Vaticano y he sostenido en mis escritos.

Reitero á vdes. mis más cordiales gracias, y protesto estar siempre dispuesto á contribuir en lo poco que pueda al lustre de nuestra Academia, y á obsequiar las órdenes y deseos de vdes., cuyas vidas guarde Dios muchos años.

México, Agosto 24 de 1878.

✠ IGNACIO,
OBISPO DE TAMAULIPAS.

Señores Director é Individuos de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española.



Et libri aperti sunt: et alius Liber apertus est, qui est vita: et iudicati sunt mortui ex his que scripta erant in libris.

Abriéronse los libros, y abrióse también otro Libro que es el de la Vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas escritas en los libros.—APOC. XX, 12.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:¹

SEÑORES ACADÉMICOS:

Grande y sublime ha sido el pensamiento que hoy nos congrega en derredor de este túmulo, abierto hace dos siglos y medio, y que ruego al Señor nunca se cierre. Si el orar en general por los difuntos, aunque ni el parentesco ni la gratitud nos ligen con ellos; aunque ni los hayamos conocido ni hayan servido á la misma causa que nosotros; aunque su patria no sea la nuestra ni hayan hablado nuestro idioma, es, segun declara la

¹ Los Illmos. Señores Arzobispo de México, que asistía en el trono, y Obispo de Oaxaca, que oficiaba de pontifical.

Escritura,¹ una idea santa y piadosa, *sancta et salubris est cogitatio*, ¿cuánto más laudable, cuánto más meritorio, cuánto más piadoso no será ofrecer el Incruento Sacrificio y honrar la memoria de aquellos que, nacidos en nuestro suelo, dieron gloria á la patria y combatieron en la misma literaria milicia á que hemos dado nuestro nombre? Si el antiguo pagano, cuyas creencias en la vida futura se hallaban envueltas en mil errores; si el materialista y el ateo han buscado siempre consuelo junto á las tumbas de sus allegados y compatriotas, nosotros, que sabemos de cierto que nuestras preces alivian á las almas detenidas en el purgatorio; nosotros, que no vemos en la muerte sino un sueño prolongado, de que se han de despertar un día los seres que amamos, ¿cuánto mayor consuelo no sentiremos al venir á elevar nuestras plegarias sobre el lecho mortuorio de aquellos á quienes debemos gratitud y amor!

Bien recordáis, Señores, la gloriosa historia de los Macabeos: permitidme que ante todo y por un momento, os trasporte al campo de batalla de aquellos invictos adalides. El ejército infiel ha sufrido, no lejos de Odolam, vergonzosa derrota: los esforzados israelitas lo han perseguido largo trécho en su fuga; pero, aunque asistidos por Dios, esta vez les ha costado la victoria no pocos cadáveres, y caudillos y soldados se apresuran á hacer los últimos honores á sus compañeros de armas, y á trasladar sus restos á los sepulcros de familia.

Ved á aquellos campeones, que en el acto de la refriega no atendían á los ayes de los moribundos; ved á aque-

¹ 2.º Mac. XII, 46.

llos cuyos corceles pasaban sin reparo sobre los cuerpos desangrados de los que acababan de caer; vedlos ahora cuál se detienen con ojos llorosos delante de cada compañero tendido, esforzándose por comunicarle vida y aliento, por recoger, aunque tarde, su último suspiro. Los escudos que no sirvieron para guarecerlos de los dardos enemigos, se improvisan ahora en bélicos ataúdes, y mientras unos desatan las rotas lorigas, otros corren á los pozos vecinos y llenan con agua sus yelmos para lavar los cuerpos de los exánimes camaradas. Mas ¡ay! al cumplir con este piadoso deber, se encuentran ocultas bajo las túnicas que aún cubren los cadáveres, algunas ofrendas de las consagradas á los ídolos de Jamnia.

¿Ignoraban acaso aquellos rudos, aunque piadosos soldados, que la Ley vedaba¹ tomar y aun desear el oro ó la plata de que estaban formados los simulacros de los falsos dioses, ó los dones ofrecidos por sus obcecados adoradores? ¿Se habían hallado en esa extrema necesidad en que hasta los panes de la proposición podían, sin grave culpa tomarse, como lo hizo en otro tiempo David?² ¿Era tan insignificante la cantidad robada al templo de los ídolos, que pudiera comprenderse el hurto en la conocida regla: *parum pro nihilo reputatur*? Sea como fuere, aunque en gracia de Dios, aunque arrepentidos de sus culpas, aunque sin reato de pecado mortal, las almas de aquellos valientes se habían presentado á juicio con manchas, si bien ligeras, y no podían pasar, sin purificarse, al lugar del eterno descanso.

¹ Deut. VII, 25.

² I Reg. XXI.

Si pocas horas antes hubieran visto á sus compañeros rodeados por el enemigo, llevados prisioneros, encerrados en alguna fortaleza presa de las llamas, ¡con qué ardor no se habrían lanzado á socorrerlos, á ayudarlos, á libertarlos! La Fé les enseña que ahora también pueden prestarles auxilio, aunque con armas de diverso temple; y desde el jefe Judas hasta el último soldado, caen de rodillas, y poniéndose en oración, ruegan á Dios olvide el delito de los que han combatido por su causa. Se hace una colecta por orden del generalísimo, y se reúnen sin tardanza doce mil dracmas de plata, que envían á Jerusalén para ofrecer un sacrificio por los pecados de los conmlitones difuntos.

¡Qué cuadro tan poético y sublime nos presentan estos ortodoxos guerreros! Lloran á sus camaradas; pero no con lágrimas estériles, sino con llanto acompañado de plegarias que los alivian y socorren. Veneran su memoria; pero sin desconocer sus faltas, ni mirarlos, á guisa de paganos, como nuevas divinidades. Rinden á sus cuerpos los últimos honores; pero pensando en la inmortalidad del alma y abrigando religiosos sentimientos acerca de la resurrección; porque de otra manera (añade la Escritura), ¿de qué serviría orar por los muertos? ¿No sería un desperdicio verdaderamente loco recoger tanta plata para inútiles sacrificios, *superfluum videretur orare pro mortuis?*¹

¡Oh cuadro verdaderamente bello y grandioso! Y sin embargo, Señores Académicos, es más sublime todavía el espectáculo que estáis dando ahora al mundo literario y al mundo cristiano. Desde que el Señor envió á nues-

¹ II Mac. XII, 44.

tro suelo el cristianismo y la civilización, confió á una falange de sus escogidos la difícil misión de ilustrar los entendimientos, de formar los corazones, de guiar las almas por medio de las letras. Vosotros sois el último eslabón de esta cadena, y aunque separados por largo espacio de años y aun centurias, de aquellos primeros sabios que echaron, por decirlo así, los cimientos de la gloria literaria de México, habéis comprendido que os ligan á ellos vínculos estrechos de fraternidad, y que son, vivientes aún en sus inmortales libros, vuestros compañeros de armas en la pacífica milicia. Viven, sí, en la república literaria, y vivirán mientras haya un rincón en el mundo en que se hable ó entienda nuestro sonoro idioma castellano. Son inmortales á los ojos de quienquiera que estime lo bello, y es justo que honremos su memoria cuantos tenemos alguna afición á las letras, cuantos admiramos el superior ingenio que el Señor no á todos ha concedido. Pero si el mundo los proclama inmortales, el cristiano se ve forzado á reconocer y confesar que la muerte obtuvo sobre ellos el inevitable triunfo. Si el literato se siente impulsado á celebrar su apotéosis, á declararlos héroes, á colocarlos entre las divinidades, el católico no puede menos que recordar que grandes y pequeños, han tenido que presentarse, como los vió San Juan en el Apocalipsis,¹ ante el trono de Dios. Sus libros se han abierto forzosamente en presencia del Juez Supremo, y según las sentencias y máximas que en sus hojas dejaron estampadas, han sido juzgados en aquel tribunal inapelable. Al ser cotejadas esas obras que admiramos, con el Libro de la Vida, que

¹ Apoc. XX, 12.